

Reseña



Visión romántica del otro*

Ana Rosa Domenella**

“ Sólo la mirada del otro nos dará el sentimiento de formar una totalidad”, afirmaba el siempre citable Bajtin. ¿Y quién era *el otro* para los escritores románticos del “lado de allá” (europeo) y del “lado de acá” (americano)? De eso nos da cuenta Nara Araújo, de cuna caribeña, doctorado moscovita y afincada (temporalmente) en la hoy enrarecida región del Anáhuac, en un excelente estudio comparativo de cuatro novelas bajo el título de *Visión romántica del otro* (1998). Desde la portada se atisba la huella africana e indígena objeto de la investigación y, de un modo más soterrado, la polémica entre “civilización” y “barbarie” que atravesó el romanticismo hispanoamericano y se proyectó hacia las discusiones culturales de nuestro siglo.

Detengámonos un momento en la portada del libro. La seductora mulata del grabado del maestro holandés de otro “final de siglo” (el XVIII) lleva un increíble sombrero (pamela) en su diestra, mientras la otra mano descansa en la cadera cubierta por un no menos inverosímil vestido de corte clásico (¿modelo Directorio?) que desnuda

IZTAPALAPA 45
enero-junio de 1999
pp. 324-328

* Nara Araújo, *Visión romántica del otro. Estudio comparativo de Atala y Cumandá, y Bug-Jargal y Sab*. México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa (UAM-I), serie Iztapalapa: Texto y contexto 28, 1998, ISBN 970-654-308-2

** Profesora Investigadora del Área de Literatura Latinoamericana del Departamento de Filosofía de la UAM-I.

un seno y descubre los tobillos alhajados y los pies descalzos reposando sobre una piedra, a pesar de que el paisaje que la rodea tiene rasgos tropicales (Surinam). Se trata de una mirada sin lugar a dudas masculina y culta, sobre un objeto —personaje femenino y natural—, teñido de ensoñación y deseos.

En la otra vertiente étnica, el libro se publica en una colección que tiene el mismo nombre náhuatl que la unidad universitaria que representa: Iztapalapa, antiguo señorío gobernado por Cuicláhuac, hermano de Moctezuma, a la llegada de los españoles. Etimológicamente Iztapalapa significa río con formaciones extendidas de sal o "agua sobre las lajas" como informa el glifo traducido en las contraportadas de la revista *Iztapalapa*. Esta etimología remite a un referente geológico o geográfico, porque en ese lugar los indígenas habían construido una especie de dique para dividir las aguas saladas de las dulces del lago, dique que por cierto fue destruido para combatir a los extranjeros, los cuales casi perecieron ahogados (incluyendo a Hernán Cortés).¹ ¿Se trata de civilización prehispánica o de cultura indígena? Ambos vocablos se acuñaron en la Francia iluminista y dieciochesca, de donde provienen las dos novelas que para ciertas lecturas epigonales serían los modelos de las hispanoamericanas: *Atala* (1801), de Chateaubriand y *Bug-Jargal* (1826), de Victor Hugo. Las novelas románticas hispanoamericanas son *Cumandá* (1879), del ecuatoriano Juan León Mera y *Sab,*

de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Regresando al texto de Nara Araújo, están los agradecimientos que tejen otros nexos académicos y afectivos: dos maestros de la Universidad de Lomonosov y dos colegas de la Universidad de La Habana, y para reforzar más el puente y este transitar por dualidades propias del romanticismo, las menciones a otros dos ilustres trasterrados presentes en la presentación de libro: Federico Álvarez y Aralia López.

En el capítulo introductorio Nara Araújo hace un cuidadoso y lúcido desarrollo de los estudios comparatistas en nuestro siglo, poniendo de manifiesto la polémica entre el tradicional historicismo francés y la propuesta tipológica de la escuela norteamericana, liderada por un checo, René Wellek. A pesar de la posterior aceptación de sumar "paralelismos" e "influencias", afirma la autora que serán "los investigadores marxistas (quienes) superaron esta visión mecanicista y ofrecieron una concepción totalizadora del estudio comparativo de la literatura" (p. 22). La autora expone nombres y aportes que resultan novedosos porque, salvo los esfuerzos translingüísticos de Desiderio Navarro desde Cuba, con su revista *Criterios*, se trata de autores que no se conocen en el ámbito universitario latinoamericano.

El rumano Adrián Marino, por ejemplo, pone en juego el problema de la *literaturidad* (tema propuesto por los "formalistas rusos" en plena época van-

guardista y revolucionaria), literaturidad que no desconoce otros valores como el de testimonio o el de reflejo histórico. También se expone la tesis propuesta por Durisín en un congreso de La Habana (1987), abogando por una "literatura mundial" como un intento por eliminar las diferencias entre literaturas modélicas y "menores", pero que resulta discutible en la perspectiva actual de los "estudios culturales".

Desde la orilla latinoamericana del estudio, la autora cita los aportes de la chilena Ana Pizarro, quien se pronuncia contra el mecanicismo de las influencias y a favor de un manejo dialéctico entre influencia y analogías y las regularidades que presentaría esa probable "literatura mundial", de la cual nuestros países constituyen una importante zona a considerar. En el casi vacío de estudios de literatura comparada en Hispanoamérica, Pizarro propone, y Araújo retoma en su investigación, el estudio de las relaciones que se establecen entre Europa y nuestros países, que no son de causa y efecto o de modelo y copia, como se estudiaron desde la perspectiva crítica de Torres Rioseco en los años cuarenta. El sugerente estudio comparativo entre los dos pares de novelas analizadas en el contexto de sus respectivas épocas y países así lo prueba. Es cierto que muchas historias de la literatura, en las que hemos abrevado, aseguran que el Romanticismo llegó al Río de la Plata en las maletas de Esteban Echeverría tras cinco años de residencia de este escritor argentino en París, y

que a su vez arribó con posterioridad a España, sin tener en cuenta las situaciones particulares de los países inoculados con el virus romántico. El otro ejemplo es el poeta cubano José María Heredia y su estancia en los Estados Unidos. Sin embargo, mi lejano recuerdo del primer contacto con la poesía de Heredia en la escuela secundaria en un pueblo de la provincia de Córdoba (Argentina), es el de la sensación de exotismo que me produjo leer sobre el "teocalli de Cholula" y no sobre la impetuosidad del Niágara. Es necesario, entonces, cambiar la perspectiva crítica, como lo hace Nara en su estudio, y volver a los textos, releerlos y "resemantizarlos" con nuevas estrategias críticas y discursivas, sin olvidar la dimensión ideológica y el rechazo a un muy transitado eurocentrismo y colonialismo cultural.

Como suele ocurrir con los grandes poetas, pueden ser citados en los ámbitos y temas más variados y transmitir conceptos perdurables. Es el caso de José Martí y la excelente selección que hace Nara para que le sirva de epigrafe para el tema literario de indios y negros, que sin dejar de ser "otros" están presentes con una peculiar sensibilidad y cercanía.

Escribe Martí: "el indio, mudo, nos daba vueltas alrededor y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos". Frente a este recogimiento silencioso, Martí observa que "el negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras": ambas realidades

le atañen. En oposición, otro poeta romántico, en un texto paradigmático para la literatura argentina, el *Martín Fierro*, reafirma la otredad sin atenuantes desde la perspectiva de otro sector marginal, el del gaucho. Cito a José Hernández: "el indio pasa la vida / robando o echado de panza, / la única ley es la lanza". O: "es astuto y receloso, / es audaz y vengativo". Los versos de José Hernández están más cerca de la visión de los jíbaros que da el conservador y católico autor de *Cumandá*. En cuanto a los negros, que fueron escasos en el Río de la Plata por utilizarse como servidumbre doméstica y no en el trabajo rural, dice el cantor la siguiente "coplita fregona" (son sus palabras): "A los blancos hizo Dios, / a los mulatos San Pedro; / a los negros hizo el diablo / para tizón del infierno". Los musicales y melancólicos negros del texto de Martí están más cerca de las idealizaciones de los personajes de *Sab* y *Bug-Jargal* analizados en el ensayo, mientras que el de Hernández, que se enfrenta al "gaucho malo" y muere, está en el contexto de los negros sublevados en la Isla de Santo Domingo, que tanto temor y destrucción ocasionaron a los terratenientes franceses y españoles. Víctor Hugo pone en boca de uno de sus personajes los siguientes conceptos: "Los filósofos engendran a los filántropos, quienes crean a su vez a los negríflos, que nos van dando a luz a los matablancos".

La lectura de Nara Araújo se suscribe al sincretismo y al mestizaje cultural de nuestras literaturas que recogen, a

mi parecer, las enseñanzas de Alejo Carpentier. Esta tradición la rastrea, brevemente, en la cultura colonial a través de autores y obras representativas: Bartolomé de las Casas, Ercilla, el Inca Garcilaso, Sor Juana Inés de la Cruz y Valbuena. En cuanto al periodo de la independencia, afirma la coexistencia de "la esclavitud africana y la servidumbre indígena con nuevos nexos económicos". Si en el campo poético podemos suscribir la tesis de que los "románticos son nuestros contemporáneos" (Yáñez, 1993); en el de la narrativa decimonónica de corte romántico encontramos textos fundantes para nuestras literaturas nacionales (es el caso de Sarmiento y Altamirano).

Para concluir, diré que *La visión romántica del otro*, de Nara Araújo, resulta un texto fundamental para el estudio del romanticismo literario y ejemplar para los trabajos de literatura comparada en Hispanoamérica. Propone lecturas significativas y novedosas sobre "tópicos" literarios que son, a su vez, problemas étnicos y sociales vigentes: los indígenas y los negros (afroamericanos o afrocaribeños).

Las novelas "indianistas" analizadas se transformarán más tarde en novelas políticas "indigenistas" (como *Huastipungo*) o nacionales y "neoindigenistas" (como *Balún Canán*), para llegar hoy a la voz y letra de los protagonistas, la poesía y la narrativa indígena que se está produciendo y publicando en México (en ediciones bilingües en varias lenguas). Por otra parte, la "tercera raíz",

la africana, es de menor presencia en México, pero mayoritaria en el multi-racial y plurilingüístico Caribe. Después de las novelas antiesclavistas, sentimentales y de cofraternidad entre distintas razas, de los escritores románticos, surgen en esos países los movimientos de "negritud" y más tarde de "creolidad", para hacer oír sus propias voces. En esta última década del siglo, numerosas escritoras caribeñas que asumen esa problemática en sus novelas se convierten en éxitos editoriales en sus propios países y en las metrópolis económicas y culturales (como son los casos de Rosario Ferré de Puerto Rico y de Marisse Condé de Guadalupe, entre otras).

Se añade en esos casos la perspectiva de género (femenino) de las escritoras. Al respecto, siempre es estimulante recordar que los colegas escritores de Gertrudis Gómez de Avellaneda, quien eliminó a *Sab* en la primera edición de sus *Obras completas*, la elogiaban diciéndole que escribía tan bien como un

hombre... ¡Y correspondía agradecerse los!

El estudio de Nara, ubicado cronológicamente en el inicio de la década de los ochenta, anticipa y enriquece perspectivas críticas actuales, como son los estudios culturales y poscoloniales.

NOTAS

- 1 La información lingüística e histórica sobre Iztapalapa me fue proporcionada por Rose Lema y María Christen. Las contraportadas de toda la colección de la revista *Iztapalapa* llevan un glifo y su significado, representado por el perfil del Cerro de la Estrella, las lajas y cuatro goteros, manantiales o corrientes de agua. El nombre se forma con las raíces náhuatl *itzapalli* (lajas), *atl* (agua) y *pan* (sobre o en).

BIBLIOGRAFÍA

Yáñez, Adriana

1993 *Los románticos: nuestros contemporáneos*, Alianza Editorial, México.